



Eucaristía de acción de gracias por el pontificado de Benedicto XVI

Lecturas: Hechos de los Apóstoles 4, 1-20.

Evangelio: Mateo 16,13-19.

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.
Queridas y dignísimas autoridades civiles, judiciales, militares y académicas.
Queridos hermanos todos en el Cuerpo de Cristo.

Os saludo a todos con cordial efecto y os agradezco vuestra participación en esta Solemne Eucaristía, con la cual la Iglesia diocesana de Salamanca se une a la acción de gracias que la comunión universal de las iglesias está elevando a Dios por la elección del Papa Benedicto XVI como sucesor de Pedro al frente de la Iglesia de Roma y de la Iglesia universal.

Los católicos de Salamanca hemos acogido a Benedicto XVI con el corazón abierto; le reconocemos como un don del Señor para su Iglesia y como el Pastor que el mismo Jesucristo nos envía para que en su nombre nos confirme en la fe. Valoramos las extraordinarias cualidades que adornan su rica personalidad humana y cristiana, espiritual, sacerdotal y pastoral, cultural y teológica; ellas hacen sumamente apto al nuevo Papa para la misión que le ha sido confiada. Pero nuestra acción de gracias procede de la fe en el misterio de la Iglesia y se dirige a Dios sobre todo por la sucesión del nuevo Papa en la misión de Pedro. La misión en la Iglesia prevalece sobre la persona.

Elevamos, por tanto, nuestra acción de gracias la gozosa confianza a la que nos exhortan las palabras de Jesús con las que acaba el Evangelio de Mateo: *“Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 18-20).

En el cumplimiento de esta misión universal de la Iglesia, encomendada por el Señor a todo el Colegio Apostólico, se sitúa la misión del todo peculiar confiada por Jesús a Simón Pedro. Se trata de una misión al servicio de la fe en Jesucristo. Esta misión tiene su origen en la confesión de fe de Simón: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* (Mt 16,16). Pero es una confesión que no procede de Simón, que supera su capacidad humana y le es inspirada por el Padre: *“Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás,*



porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16,17).

Y la razón de ser de la misión de Pedro es la edificación de la Iglesia en la fe en Jesucristo: *“Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”* (Hch 4,12). Jesucristo, proclamará Pedro: *“Es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular”* (Hch 4,11). Con esta referencia a Cristo como piedra angular de la Iglesia y como único salvador de los hombres, el propio Pedro nos ha dado una luminosa clave para la recta interpretación de la misión a él encomendada por Jesús con estas palabras: *“Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”* (Mt 16,18-19).

Jesús cambió el nombre a Simón. Ahora es Pedro, roca y fundamento visible para la edificación permanente de la Iglesia en Cristo, que es la piedra angular.

Con el cambio del nombre, Jesús ha iniciado en Simón un proceso de cambio de su mente y de su corazón, cuyos frutos se irán manifestando progresivamente por la acción del Espíritu en él.

El fruto inicial del camino de mente se ha manifestado de forma inmediata y ha hecho a Pedro capaz de reconocer a Jesús como el hijo de Dios. Pero en el largo proceso, Pedro tuvo que ser también corregido por Jesús: *“Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”* (Mc 8,33). El cambio de mente se perfeccionará solamente con la luz de la resurrección y el don del Espíritu.

El cambio de corazón ha necesitado también un camino largo y doloroso, que ha pasado por la humillación de la negación. Sólo con el nuevo corazón, don del Espíritu del Resucitado, Pedro ha podido confesar: *“Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero”* (Jn 21,17).

Todo este largo recorrido existencial de Pedro ha sido conducido y acompañado por Jesús, que le había prometido: *“Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca; y tu, cuando te recobres, confirma en la fe a tus hermanos”* (Lc 22,31).

Cristo construye cada día a Pedro como roca visible de su Iglesia, para que Pedro, a su vez, confirme en la fe y en la vida en Cristo al rebaño que el Señor le ha confiado apacentar. El rebaño y las ovejas no son de Pedro, sino de Jesús, el Buen Pastor que ha dado la vida por ellas (cf. Jn 10,11). Él nos ha cargado sobre sus hombros como Pastor y Obispo de nuestras almas (cf. 1 Pe 2,25).

La misión de Pedro está en referencia a la Iglesia y al Reino de los cielos. Jesús ha querido edificar sobre la roca de la fe de Pedro su Iglesia, es decir, la comunidad



mesiánica de los discípulos con los que ha sellado una Nueva Alianza en su sangre y a la que ha constituido como su Cuerpo y Templo de su Espíritu. Pero las llaves entregadas a Pedro son las del Reino de los cielos. Lo que Pedro ate en la Iglesia, quedará atado en el Reino de los cielos; a quien Pedro abra las puertas de la Iglesia, se le abrirán las puertas del Reino de los cielos.

En cada uno de los sucesores de Pedro se hace también real el cambio de nombre, como signo del cambio de mente y de corazón, necesarios para la continuidad de la misma misión. El Cardenal Ratzinger ya tiene un nombre nuevo, que expresa la bendición de Dios: es Benedicto XVI. El hombre configura la misión recibida, pero la misión y su expresión en el nombre nuevo va a configurar al hombre y le da una nueva identidad eclesial como sucesor de Pedro.

¡Qué bien ha comprendido Benedicto XVI el sentido de su ministerio de sucesor de Pedro! En su homilía primera ha resaltado que no se siente sólo, sino en la comunión con toda la Iglesia; y que **su programa es hacer la voluntad de Dios y no la propia**; que a nadie tratará de imponer sus ideas, sino que estará a la escucha de la Palabra de Dios en comunión con toda la Iglesia para discernir la voluntad del Señor, dejarse conducir por él y, así, orientar a todos a la obediencia de la fe.

Con la misma valentía de Pedro y Juan, aunque con mucha instrucción y cultura, seguirá Benedicto XVI proclamando que la Iglesia no puede dejar de hablar de lo que los primeros Apóstoles vieron y oyeron y ella misma ha creído (Cf. 1Jn 1, 1-3): que sólo por el nombre de Jesús, y no por ningún otro, puede presentarse hoy ningún hombre integralmente sanado en medio de nuestra sociedad. **Jesucristo es el único salvador del hombre**. Y en este anuncio la Iglesia no va a ser callada, porque tiene viva conciencia de estar obligada a obedecer a Dios más que a quienes, por no haber comprendido el significado de lo acontecido en Jesús, pretendan reducirla al silencio.

En la forma como Cristo vivió en plenitud su libertad como obediencia al Padre por amor, para la salvación del mundo, nos ha mostrado Dios su voluntad, es decir, el camino de la verdad, que los cristianos acogemos con alegría. En efecto: *“Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención”* (LG 3)

Solo cuando conocemos a Dios y al hombre en Cristo, conocemos la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador” (GS 19). Por ello, la oscuridad de Dios deja vacías las almas y las sitúa en un desierto interior que con facilidad puede dar origen a crecientes desiertos exteriores de la pobreza y el hambre, del abandono y la soledad, del amor destruido y de la falta de justicia en la distribución de los bienes de la tierra, que amenaza gravemente la paz.

No tenemos la voluntad de Dios como un yugo exterior que nos oprime. Conocer la voluntad de Dios no nos aleja de nuestra identidad, sino que nos abre la puerta al conocimiento de nosotros y a la relación con el prójimo. La voluntad de Dios es la



Carlos López Hernández

gloria del hombre recreado a imagen de Cristo, exige el respeto a su verdadera naturaleza, a su dignidad inviolable y a la libertad que corresponde a su llamada al amor. Obedecer a Dios más que a los hombres es una garantía de que la vida del hombre no se hace algo banal y sin sentido, no se devalúa en su identidad más propia, es irreductible en la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza y no se deja convertir en instrumento al servicio de otro fin.

Obedecer a Dios es la garantía de un ejercicio responsable de la libertad desde el amor, que hace al hombre disponible al servicio de los demás. La obediencia a Dios, por tanto, es la garantía de que preferimos ser crucificados antes que crucificadores de los demás, tener paciencia y misericordia antes que erigirnos en jueces y condenadores de los prójimos, entregar la propia vida antes que utilizar la de los otros para nuestro provecho.

Obedecer a Dios, en fin, es para la Iglesia garantía de fidelidad en el cumplimiento de su misión, de manera que el Evangelio no se desvirtúe y la propia Iglesia nunca caiga en la tentación de limitarse a ser una agencia internacional de beneficencia o de prestación de servicios sociales y culturales al gusto y dictado de los poderes del mundo.

Porque hemos conocido la voluntad de Dios en Cristo, sabemos que el mundo se salva por el amor y no por el poder. Y esta convicción se manifiesta en la misma pedagogía que Dios y la Iglesia aplican para atraer suavemente a los hombres a la fe sin coacción alguna e iluminando con la Palabra del Evangelio su conciencia, cuyo dictado en todo momento ha de seguir el hombre con plena libertad. (cf. D.H. 11).

Evocando la predicación de Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI ha comenzado a confirmarnos en la fe con la viva exhortación a abrir de par en par, sin temor, las puertas a Cristo. No encuentro mejor forma de terminar sino repitiendo sus ardientes palabras: *¿Acaso no tenemos todos cierto miedo de que Cristo pueda quitarnos algo de nuestra vida si le dejamos entrar totalmente dentro de nosotros? No. “¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrir, abrir de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida”*.

Os ruego que acojáis todos con amor la ardiente súplica de Benedicto XVI y acompañéis con vuestra constante oración su ministerio apostólico, para que el Señor le conceda la gracia de desempeñarlo con fidelidad, fortaleza, amor y libertad de espíritu.

Catedral Nueva, 27 de abril de 2005